



Erice, F. (2020): *En defensa de la razón. Contribución a la crítica del posmodernismo*, Barcelona, Siglo XXI editores, pp. 584.

*En defensa de la razón* está estructurado en tres partes: una primera titulada “El retroceso del marxismo y el auge del posmodernismo”, que incluye un subapartado dedicado a Michel Foucault y otro a la teoría política posmoderna; una segunda en la que se analizan las influencias del posmodernismo en el campo historiográfico, y una tercera que recoge varias propuestas para una reconstrucción de la historia marxista.

Uno de los múltiples blancos de la crítica materialista de Erice es la deconstrucción derrideana. Al explicar las ideas posmodernas del filósofo francés escribe lo siguiente: “según Derrida, en una oposición filosófica tradicional, no encontramos una coexistencia pacífica de términos contrapuestos, sino una violenta ordenación jerárquica. Uno de los términos ocupa la posición dominante. La deconstrucción invierte las oposiciones clásicas y las jerarquías” (p. 108). Sorprendentemente, el propio Erice propone en otras partes de su libro algunas ideas bastante similares a esta deconstrucción posmoderna de dicotomías jerárquicas. Por ejemplo, cuando sugiere que “quizá la clave resida en no caer en falsos dualismos (libertad frente a determinismo o acción humana frente a estructuras) formulados de manera abstracta” (p. 426) o cuando recoge una cita de Gramsci (para él un marxista “desmarxistizado” por los posmarxistas) en la que se afirma que “cualquier contraposición de los dos términos [economía y cultura; actividad práctica e inteligencia] es un contrasentido” (p. 505).

En cualquier caso, el marco general del libro de Erice está compuesto por una dicotomía fundamental: marxismo vs posmodernidad, en la que el primero de los términos ocupa una posición flagrantemente dominante. Según Erice, el posmodernismo es relativista (p. 275), “niega la realidad objetiva” (p. 28), “niega el sujeto” (aunque a la vez contradictoriamente “defiende el protagonismo individual” [p. 288]), “contempla la historia como puro azar” (p. 378), “desvincula la política y la sociedad” (p. 381), “cuestiona la idea misma de causalidad”, “niega la idea de *verdad*” (p. 408) y es “objetivamente reaccionario” (p. 266). Tiene como sus dos “predecesores reaccionarios” a Nietzsche y a Heidegger, y la lista de filósofos posmodernos o afines a las ideas posmodernas es interminable: Lyotard, Deleuze, Guattari, Foucault, Laclau, Mouffe, Negri, Hardt, Baudrillard, White, Barthes, Vattimo, Gadamer, Ricoeur, Geertz, de Sousa Santos, Dussel, Mignolo, Latour, etc. Del otro lado del dualismo se encuentra un marxismo materialista, racionalista, ilustrado, totalizante y progresista que defiende “que la historia es inteligible” (p. 378) y que asume “que los hechos y procesos que analizan los historiadores son ‘reales’ y no meras creaciones mentales” (p. 19)<sup>1</sup>.

La dicotomía posmodernismo/marxismo es la más importante y engloba a las demás, pero no es la única que aparece en el libro de Erice, quien también reivindi-

<sup>1</sup> Richard Rorty, que llegó a afirmar que “los pragmatistas como yo simpatizamos con los pensadores antimetafísicos posmodernos” (2000, p. 7) y que aparece citado en el libro en varias ocasiones, no es ubicado por Erice en el lado de los posmodernos, lo que no deja de resultar sorprendente.

ca (siguiendo a Hobsbawm) “la superioridad de la razón pensante frente a la mera emoción” (pp. 22 y 27) o presupone (siguiendo a Marx) que el ser social determina la conciencia, una expresión que según Laclau, “no puede ser más desafortunada, ya que si la existencia social determina la conciencia, la conciencia no puede ser parte de la existencia social” (1990, p. 111), y que de hecho es difícilmente compatible con otras formulaciones del propio Marx citadas también en el libro, como aquella en la que escribe (junto a Engels) que “ni los pensamientos ni el lenguaje forman por sí mismos un reino aparte, sino que son, sencillamente, expresiones de la vida real” (p. 95). Cabe referirse, por último, a otro caso de dualismo rígido que Erice incorpora en su libro, a saber, aquel que establece una separación entre valores materiales, asociados al marxismo, y valores *posmaterialistas*, propios de los nuevos movimientos sociales influidos por el posmodernismo. Entre estos últimos menciona la paz, la ecología, la libertad sexual o los derechos de la mujer (p. 463).

Quizás la mayor virtud del libro de Erice sea su extraordinaria erudición y su capacidad para incorporar de forma sistemática y ordenada una cantidad ingente de autores y teorías. Sin embargo, a pesar de ser un libro largo, profundo y prolijo en ideas que tienen su origen en diferentes disciplinas como la Historia, la Filosofía, la Teoría Política o la Antropología, es posible identificar en él una tesis principal que ordena y da sentido a toda su estructura. Entre los efectos negativos del posmodernismo Erice destaca, siguiendo a Sokal y a Bricmont, una “confusión cultural favorecedora del oscurantismo”, por un lado, y un “debilitamiento de la izquierda política” (p. 59), por otro. En realidad, el rechazo de Erice al posmodernismo no es provocado solamente por cada una de las consecuencias negativas anteriores tomadas de forma aislada, sino sobre todo por el nexo y la relación de causalidad existente entre la primera y la segunda, una posición que es expresada de forma reduccionista pero ilustrativa por el propio Sokal cuando reconoce que “nunca ha entendido cómo se supone que la deconstrucción va a ayudar a la clase obrera” (p. 266).

Hay otros pasajes del libro que redundan en la misma idea. Erice afirma, por ejemplo, que “la crítica posmoderna a los metarrelatos se focaliza en la idea de progreso” (p. 91) o que “el objeto fundamental del ataque de los posmodernos es la idea misma de emancipación” (p. 87). En cada uno de los casos se reitera un mismo esquema conceptual según el cual la teoría filosófica posmoderna produce en términos generales posiciones políticas alejadas de cualquier ideal emancipatorio, a pesar de que Erice reconoce que “las posturas personales de los distintos autores son muy diversas, oscilando desde un cierto alejamiento del compromiso militante o un —a menudo no confesado— conservadurismo sociopolítico, hasta la defensa de causas radicales” (p. 209). Llegados a este punto conviene analizar conceptualmente cómo es presentado en la propuesta de Erice el vínculo necesario entre teoría y praxis política.

El pecado capital del posmodernismo consiste en romper “la alianza (aún compleja y contradictoria) entre ciencia, racionalismo, progreso social y movimientos emancipatorios que caracterizó toda nuestra contemporaneidad” (p. 165). Erice también recoge la crítica del marxista Eagleton a Lyotard, que señala que las dificultades del posmodernismo para mantener “un discurso políticamente comprometido” tienen su origen en una separación entre conocimiento racional y propuestas prácticas cuya consecuencia es que estas últimas quedan “a merced del intuicionismo, el decisionismo, el convencionalismo, la sofística y la casuística” (p. 90). En ambas ideas se evidencia un nuevo dualismo dicotómico en el que uno de los términos ocupa la

posición dominante: o se analiza la realidad social científica y racionalmente o se cae en el terreno del intuicionismo, el decisionismo, el convencionalismo y otros malvados “ismos”. Cuando Erice se refiere desde su enfoque marxista a la Historia como disciplina científica, asegura que esta “es inteligible y posee, si no leyes a la manera positivista, estructuras, pautas, patrones, reglas o regularidades” (p. 378). Además, cita a Harvey para insistir de nuevo en la relación necesaria entre teoría racionalista y praxis: “Si no hubiera regularidades ni tendencias predecibles a grandes trazos en la vida social, seríamos incapaces de llevar a cabo acciones intencionales” (p. 268).

Al hacer uso de este esquema explicativo, Erice fuerza la desaparición de la lógica de la contingencia (que no tiene nada que ver ni con la casuística ni con el azar), primero del campo de la historia y después del campo de la política. Su énfasis en presentar la Historia como una disciplina que produce conocimientos objetivos a la manera de la ciencia oculta que los acontecimientos históricos solo pueden ser reconstruidos objetivamente «objetivamente» *a posteriori* a través de una narración que, por su propia naturaleza, se olvida de sus momentos políticos instituyentes, es decir, aquellos en los que el destino de los propios fenómenos históricos es decidido sobre las bases de un escenario atravesado siempre por la contingencia y casi siempre por el conflicto. Y es precisamente esa ficción histórica que borra los trazos de su propia contingencia la que construye la ilusión de un presente que no es más que una mera continuación de regularidades y tendencias del pasado, autónomas y materiales, que no necesitan establecer ningún punto de contacto con el campo de la agencia humana individual y colectiva (que en ocasiones acepta resignadamente la negación externa y “objetiva” de sus propias potencialidades). Glucksmann (2018, p. 72) escribió que el presente tiene razones que el pasado ignora: esa es la garantía última (¿posmoderna?) tanto de la política como de la libertad, dos condiciones necesarias para la emancipación.

## Bibliografía

- Erice, F. (2020): *En defensa de la razón. Contribución a la crítica del posmodernismo*, Barcelona, Siglo XXI editores.
- Glucksmann, A. y R. Glucksmann (2018): *Mayo del 68. Por la subversión permanente*, (2ªed.), Madrid, Taurus.
- Laclau, E. (1990): *New Reflections on the Revolution of Our Time*, Londres, Verso.
- Rorty, R. (2000): “Universality and Truth”, en R. Brandom, ed., *Rorty and his critics*, Massachusetts, Blackwell.

David Sánchez Piñeiro  
Universidad de Oviedo  
239725@uniovi.es